

cion han de estrellarse contra esa autoridad; pero para que se pueda ver con toda claridad el fundamento de esta indestructibilidad de la piedra visible, sobre la cual Jesucristo ha fundado su Iglesia, vamos à presentar un cuadro donde se observe de una sola ojeada la razon por qué son indestructibles las obras de Dios, resaltando entre estas con colores vivísimos la Iglesia católica y el Sumo Pontificado, no como dos entes metafísicos separados ó separables, sino como un mismo objeto, en el cual por su especial naturaleza aparece el principio de su indestructibilidad en su esencial unidad.

CAPITULO III.

DOS UNIDADES PERFECTISIMAS.

Es evidente que así como el hombre tiene conocimiento de los misterios de Dios porque él se los ha revelado, así el conocimiento del motivo primero que Dios tiene para obrar cosas grandes é inefables, solo puede llegar à nuestro conocimiento, cuando Dios se digna manifestárnoslo. Sin embargo, es preciso confesar que en medio de la limitacion de nuestra razon, no se nos ocultan algunas verdades relativas à la naturaleza divina, siendo estas entre otras la de la existencia de Dios y la de su unidad; à cuyas nociones naturales, añadidas las luces de la revelacion, debe el linaje humano esa ciencia admirable y esa sabiduría profunda de darse cuenta à sí mismo de la razon por qué las obras de Dios son como son, y por qué algunas de ellas no pueden ser de otra manera. Así nos damos razon de por qué el réprobo es eternamente réprobo, por qué Dios es infinitamente justo, y no puede perdonar à quien lo ha ofendido resueltamente y no ha querido humillarse ante Dios cuando podia hacerlo, ni se le humillará jamás, porque su obstinacion será eterna desde que pase al tiempo interminable. Procede Dios en eso en virtud de una ley eterna; y como ha impreso en nuestro entendimiento la lumbre de su rostro, este

no puede ménos de comprender que eso es así, y que no puede ser de otra manera. Y sucede otro tanto al tratar de investigar, por qué la naturaleza de Dios es indestructible esencialmente, pues basta conocer su unidad esencial vemos por la razon, que toda naturaleza que se multiplica es divisible, y que lo que es divisible es destructible, y deducimos infaliblemente, que siendo Dios esencialmente uno, es eterno, no pudiendo haber en él multiplicacion en su naturaleza, ni divisibilidad, ni destructibilidad.

Hé aquí establecida irrefragablemente la existencia de una unidad esencial, que es la de la naturaleza divina. En armonia con ella se presenta à nuestra mente la existencia de otra unidad moral, y es la de la verdad; porque así como en el órden físico no hay sino una unidad infinitamente perfecta, que es Dios, así en el órden moral no hay más que una unidad esencialmente perfecta é indivisible, que es la religion; la cual, como dice el Apóstol, por tanto es una, por cuanto Dios es uno: *no hay Dios, dice, sino es uno: (1) un solo Dios, una sola fe. (2) Plugo al Señor en su misericordia darnos un trasunto visible de esa unidad de su naturaleza en la fundacion de su Iglesia; pues al formar Jesucristo este cuerpo místico, mandó à la cabeza Visible de él y à sus miembros, que se amasen como el los habia amado; (3) como me amó mi Padre, les dice, así os he amado yo: permaneced en mi amor. (4) Y habla aquí el Redentor, no solo de aquel amor, ó de aquella caridad que nos hace amigos de Dios, ó de aquella que nos une à nuestros prógimos, y nos lleva hasta el punto de dar la vida por su salvacion, sino tambien, y muy especialmente, de aquella unidad perfecta, que ha de existir en su Iglesia entre la cabeza y los miembros y estos entre sí, no teniendo sino una sola fe, un solo cuerpo de doctrina, las mismas leyes, la misma cabeza y los mismos sacramentos. El mismo Jesús espresó su mente en este particu-*

(1) I. Cor., cap VIII, v. 4.

(2) Ephes., cap. IV, v. 5.

(3) Joan., cap. XIII, v. 34.

(4) Ibid., cap. XV; v. 9.

lar diciendo á su Padre en presencia de sus Apóstoles *Padre Santo, guarda á estos en tu nombre, para que sean una sola cosa como tú y yo somos una sola.* (1) *Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad.* (2) *No te pido tan solo por ellos, sino por cuantos por medio de ellos han de creer en mí, para que todos sean una misma cosa; así como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que ellos sean una misma cosa en nosotros, á fin de que el mundo crea que tú me enviaste.* (3)

No puede darse mayor claridad en la expresion de la voluntad de Dios respecto de la unidad de la verdad, de la manera de profesarla y permanecer en ella. Habia dicho Jesucristo á Simon: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia:* (4) *confirma á tus hermanos:* (5) *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas;* (6) y en ellos nos declara con toda solemnidad, que no hay mas que una Iglesia, la que está fundada sobre la piedra visible que es Pedro; que no hay otros pastores verdaderos y que tengan derecho procedente de Dios para enseñar á los pueblos, sino los que fueren confirmados y enseñados por Pedro: que no son corderos ni ovejas de su rebaño, sino aquellos á quienes apacienta Pedro; y por fin, que no hay mas que un fundamento de fe y de verdad revelada, el que el mismo Dios ha puesto, invisible en su Hijo, visible en Pedro; que no hay sino un solo Pastor universal que deba regir á los demás Pastores, y un solo redil para su rebaño. Todo lo que no sea edificar sobre ese fundamento, es formar un edificio de barro sobre arena, que un ligero viento destruye. (7) Cualquiera que se ingiera en gobernar la Iglesia de Cristo, sin ser enviado por Pedro, recibiendo de él la mision para enseñar y regir la parte del rebaño del Redentor que le señale, es un ladron que entra por la ventana, ó por o-

- (1) Jo., cap. XVII, v. 11.
- (2) Ibid., cap. V, v. 17.
- (3) Ibid., cap. XX, v. 21.
- (4) Mat., cap. XVI, v. 18.
- (5) Luc., cap. XXII, v. 32.
- (6) Jo., cap. XXI, vv. 16, 17.
- (7) Mat., cap. VII, v. 27.

tra parte que Cristo no ha señalado. (1) Todos los que sin el mandato de Pedro intenten tomar el cayado para gobernar este rebaño, son el leon de uñas de acero, que no sabe mas que depredar lo ageno, devorar hombres, hacer viudas y desolar ciudades. (2) Y cuantos se empeñen en salir de esta unidad divina, y apacentarse hipócritamente entre las ovejas y corderos de Pedro, ó se obstinen en salir de su redil, escogiendo á su arbitrio otros alimentos de doctrina, no son sino el javalí feroz que devora la viña de Dios, (3) los machos cabrios, que se tragan los alimentos pingües y dejan para las ovejas los desperdicios, y se beben las aguas cristalinas de la fuente del Señor, enturbiándolas despues con sus pezuñas, para que no puedan beberlas las ovejas, y se mueran de hambre y de sed; (4) y por fin, cabritos altivos y sensuales, destinados á ocupar la izquierda ante el tribunal del juez supremo, y oir de sus labios aquel terrible decreto, con que serán lanzados para siempre del consorcio de la santa unidad de Cristo y de su Iglesia, en cuyo seno no quisieron vivir cuando militaba, y con la cual querrán vivir cuando triunfe, porque el crimen de su apostasía ha de ser tan eterno como la misma eternidad. (5)

Esta unidad esencial de la Iglesia católica es, en cuanto á su existencia, de la misma naturaleza que el que se la dió: es inmutable, indivisible y perenne: es como Jesucristo, *de hoy, de ayer y por los siglos de los siglos.* (6) Y en vano se empeñarán los hombres en querer establecer una unidad moral, que tenga existencia perenne fuera del cuerpo místico, que Jesucristo instituyó sobre sí mismo; que nunca lo conseguirán. ¡Miserables criaturas! Nosotros nada poseemos en materia de tiempo: lo de ayer es pasado hoy, lo de hoy será cosa pasada mañana; y por más que intentemos dar consistencia á nuestras obras,

- (1) Jo., cap. X, v. 1.
- (2) Ezech., cap. XIX, v. 6.
- (3) Psal. LXXXIX, v. 14.
- (4) Ezech., cap. XXXIV, v. 18.
- (5) Mat., cap. XXV, v. 41.
- (6) Heb., cap. XIII, v. 8.

vemos que nuestros esfuerzos quedan inutilizados ante un agente terrible é inexorable que todo lo devora, el tiempo. La perennidad perpétua es tan solo propia de Jesucristo y de sus obras, de Jesucristo para quien el *ayer* es hoy, y el *hoy* los siglos de la eternidad. Y este es el carácter esencial de la Iglesia católica, una en Jesucristo, una en su fe y sus preceptos, una en sus leyes y Sacramentos, una en su permanencia, una en su institucion y naturaleza, y una en su duracion, reproduciendo en sí misma de una manera admirable y visible las cualidades esenciales, aunque invisibles, de la naturaleza de Dios. Así, decimos de Dios, que es esencialmente uno en su naturaleza, porque es eterno, y decimos que es esencialmente eterno, porque esencialmente es uno. Y lo mismo decimos de la Iglesia católica respectivamente; porque Dios, que es su autor, es esencialmente uno; y por tanto, ella tambien es por naturaleza una é inmutable en sus dogmas, en sus preceptos y en su constitucion, porque Jesucristo es uno y eterno. Empezó, sí, á dejarse ver en el tiempo, así como el Dios invisible en su naturaleza se dejó ver en la nuestra, cuando llegó el momento prescrito por él en la eternidad; pero es eterna en su duracion, no mudándose, ni pudiéndose mudar, sino en el modo extrínseco de existir, de Iglesia que milita y padece tribulacion, en Iglesia que triunfa y goza, coronada por su Esposo.

De propósito no hemos enumerado entre las cualidades de la Iglesia una, que es la mas esencial para que se vea de una ojeada lo que vendria á ser sin ella: no hemos hablado de la unidad esencial de su magisterio y gobierno, porque esto es una cosa tan al alcance de toda inteligencia, que casi se puede callar por demasiado sabida. Fundó Jesucristo en la Iglesia su cuerpo místico, como dice el Apóstol; (1) si la Iglesia es un cuerpo, precisamente ha de tener cabeza que lo gobierne y lo dirija, no permitiendo que ninguno de los miembros obre contra el cuerpo, ni de un modo contrario á su oficio peculiar, y en efecto, como dice el mismo Apóstol, (2) el

(1) Colos., cap. I, v. 25.

(2) Col., cap. I, v. 18.

mismo Jesucristo *es la cabeza de este cuerpo*. Ha llegado por tanto el caso de decir, que así como la Iglesia es esencialmente una en los dogmas y en su doctrina, tambien ha de tener esencialmente tal unidad de cabeza, que nada pueda hacerla multiplicable; porque entonces resultarian dos cabezas y por consiguiente dos cuerpos, ó un cuerpo con dos cabezas, lo que equivale á un cuerpo mónstruo ó sin ninguna. Pero esto es esencialmente imposible, porque Cristo es por naturaleza uno, y una ha de ser siempre la cabeza de la Iglesia, uno su magisterio, y uno su gobierno.

Ahora pues, ¿caba en la ciencia infinita de Cristo irse á los cielos, habiendo fundado la Iglesia esencialmente una, sin dejarla una cabeza visible como lo es la Iglesia, para que la gobernase con perfectísima unidad? Injurioso seria para nuestro Redentor el hacer esta pregunta dudando; porque lo que no se esconde á la ciencia humana, ¿cómo se ha de ocultar á la divina? Ningun rey se ausenta de su reino, sin dejar un ministro con plenos poderes, para que en su ausencia gobierne él la nacion, y no se levanten facciones que formen un gobierno diferente del que él prescribe. Y precisamente Jesucristo es ese rey, que se separa corporalmente de su Iglesia, para ir á tomar posesion de su reino y volver mas tarde. (1) Habia dado potestad á sus Apóstoles para enseñar á todas las gentes, (2) mandándoles observar lo que él les habia prescrito: tenian estos que dispersarse en todo el mundo, y vivir separados por vastos piélagos, largos trayectos de tierra y montañas agrestes, y era necesario cortar de raiz todo principio de cisma y de division; lo que jamás se hubiera hecho, si Jesucristo no hubiese nombrado una cabeza visible con derecho innato é inmediato en ella para gobernar y enseñar, y con obligacion en todos, desde el Apóstol hasta el último fiel, de obedecer á esa cabeza y oir sus mandatos. Y es esto tan esencial á la constitucion de la Iglesia, que desde los principios de su fundacion se tuvo por regla de fe el

[1] Luc., cap. XIX, v. 18.

[2] Mat., cap. XXVIII. vv. 18, 19.

no desviarse de la tradición primitiva, que constituía el centro y el fundamento visible de la unidad de la Iglesia en la cabeza de ella. Y como sabían y creían todos los santos Padres que esta cabeza es el Príncipe de los Apóstoles y sus sucesores, concluían diciendo: "y como no puede faltar la palabra de Jesucristo que dice: tú eres Pedro, y sobre esta piedra he de edificar mi Iglesia, de ahí que los hechos han demostrado siempre la verdad de lo dicho por Jesucristo." (1) Es decir, que así como en sentir del Apóstol, lo primero que ha de creer el hombre que se acerca á Dios, es, que Dios existe y es remunerador de los que lo buscan; (2) en el sentir de la Iglesia y de los Padres, la primera regla de salud en el seno de la Iglesia católica, es observar y conservar este dogma de la unidad de cabeza visible, que Jesucristo estableció en ella antes de subir á los cielos.

Tenemos dicho ya que Jesucristo hizo todo eso, y no hay para qué repetirlo; pero si diremos de nuevo, que ese instinto de las potestades adversas en dirigir sus arremetidas feroces contra la cátedra de San Pedro, es una de las inspiraciones mas consecuentes de la ciencia carnal; y lo llamamos instinto, porque el apreciar lo que vale la cabeza en el cuerpo, cualquiera que sea, de hombre ó de bruto, es en aquel un resultado del raciocinio, y en este un sentimiento material que la misma naturaleza irracional dá á cada individuo de ella: así vemos que en sus peleas encarnizadas, los animales no tiran mas que á preservar la cabeza de los ataques de su adversario, porque su instinto les dice que la conservación de la vida del cuerpo depende de guardar incólume la cabeza. Y por cierto, hay una obcecación espantosa en los hombres de la revolución en presentarse frente á frente de esa cabeza visible, para aniquilarla; pues ya que con ignorancia crasísima no tienen las nociones sobre la naturaleza de esa cabeza, no obstante que saben cuanto vale, debieran retirarse de su arriesgada empresa, si quiera porque no les suceda lo que saben que ha sucedido á muchos. Les diremos en dos palabras la naturale-

(1) Formul. Hormisd., saec. VI.
 (2) Heb., cap. XI, v. 6.

za esencial de esa cabeza, para que puedan comprender que disparar contra ella balas y proyectiles es tanta locura, como lanzar piedras á las estrellas.

Esa cabeza es de esencia del cuerpo místico de la Iglesia, y como las esencias de las cosas son indestructibles, también lo es la cabeza. Esa cabeza es esencialmente una, como la Iglesia es esencialmente una, como Cristo es esencialmente uno, como la verdad es esencialmente una, como Dios es esencialmente uno. En términos representativos esa cabeza representa á Cristo, como Cristo representa á quien lo envió: en los de misión y delegación, desde esa cabeza se vá directamente al principio de todas las cosas, á la unidad esencial de la naturaleza divina; pues el Padre dá al Hijo el cargo de enseñar al mundo y de redimirlo, y el Hijo dá á Pedro la delegación de su potestad, para que enseñe y gobierne como él enseñó y gobernó. Atacar á Pedro es atacar á Cristo; arremeter á Cristo es arremeter á Dios. Loca es por tanto en demasía esa temeridad, con que se ha venido á las manos la revolución con la personalidad mas augusta que hay, y puede haber en la tierra, con la personalidad del romano Pontífice, Vicario de Cristo y fundamento visible de la unidad de la Iglesia. Lo que á continuación diremos, relativo á otra unidad que intenta campear en el mundo, será una demostración palmaria de esta verdad importantísima. Pero antes de proceder á ella diremos lo que es una unidad esencial.

La unidad es la base de cuanto ha de proceder de ella, y si esta unidad se multiplica, todo lo multiplicado descansa sobre ella, y por consiguiente, quitada esa unidad, desaparece completamente cuanto se ha construido sobre ella: así en las operaciones matemáticas, por sublimes y profundas que sean estas, no hay cálculo ni teorema que no dependa absolutamente de una unidad, la cual forma la esencia de esa ciencia. ¿Qué son, por ejemplo mil millares de millones, sino mil millares de millones de unidades? Destruyase por hipótesis la primera unidad que es la esencial, y todos esos millones de unidades bajan á la nada. Y de este símil sencillísimo damos un vuelo inmenso á verdades sublimísimas, cuyo conocimiento perfecto

tenemos despues de habernos Dios revelado la grandeza de sus obras, comprendiendo la ilacion y conexion íntima que aquellas tienen entre sí. En la unidad de Dios, descansa la unidad de la verdad: en la unidad de la verdad, la unidad de la religion: en la unidad de la religion, la unidad de la Iglesia; y en la unidad de la Iglesia, la unidad de su cabeza visible. Hé aquí cuatro unidades que descansan esencialmente en una sola unidad; porque Dios es la verdad por esencia; la religion no es mas que el culto interno que todo ser racional debe á esta verdad, y el esterno que le han de rendir los séres racionales que constan de alma y cuerpo; y la Iglesia no es más que el cuerpo místico del Hijo de Dios hecho hombre, en el cual él mismo ha señalado cuál es el culto interior y exterior, que Dios quiere que se le dé. La primera unidad es indestructible, y por consiguiente tambien lo es cuanto está fundado en ella; y lo es tambien la cabeza visible de ese cuerpo, porque esa cabeza está fundada sobre la unidad de Cristo que esencialmente es Dios. Sin esa cabeza no hay Iglesia; no habiendo Iglesia, tampoco habria culto verdadero, y no habiendo culto verdadero, no habria verdadera religion, y no habiendo verdadera religion, tendríamos que volver al quinto dia del mundo, cuando no habia en la tierra más que cuadrúpedos y reptiles; pues sabemos por revelacion, que en el sexto sacó Dios al hombre de la nada, y le dió una alma racional, le infundió la ciencia del espíritu, le mostró el bien y el mal, le manifestó las grandezas de sus obras para que lo bendigese siempre por ellas y alabase su santo nombre, y le dió preceptos y enseñanza de vida, diciéndole: abstente de obrar mal. (1)

A tal retroceso nos lleva, por deducciones de una lógica ineludible, la destruccion intentada por la revolucion de la cabeza visible de la Iglesia. Querer destruir esta cabeza, equivale á intentar destruir la religion, la verdad, y á Dios mismo; porque Jesucristo nos ha dicho que él es el camino, la verdad y la vida, y que nadie va á su Padre si no por medio de él, (2) y además mandó

[1] Eccli., cap. XVII, vv. 6 á 11.

[2] Joan., cap. XIV, v. 6.

á sus Apóstoles que enseñasen lo que él les habia enseñado, añadiéndoles que, el que creyese y fuese bautizado, se salvaría, y el que no creyese se condenaría. (1) Y puesto que una de las cosas que mandó, fué que Pedro hiciese sus veces en la tierra, aceptando y gobernando la Iglesia que fundó sobre él, resulta una verdad infalible y es, que nadie va á Cristo sino por medio de la enseñanza de Pedro: que nadie profesa la verdad si no se la enseña Pedro: que nadie dá culto, interno ó externo, si no es el que señala Pedro: y por fin, que donde está Pedro, segun el gran dicho de San Ambrosio, está toda la Iglesia: *ubi petrus, ibi Ecclesia*; y por consiguiente, donde no está Pedro no hay sino asociaciones humanas, que se diferencian muy poco de las asociaciones paganas; pues en resúmen, las sectas religiosas que se han separado de la fe de Pedro, si no son la idolatría que tenia treinta mil divinidades, son la antropolatría, que hace de cada razon individual una divinidad, á quien cada hombre da culto de adoracion. La cátedra de Pedro es por consiguiente indestructible, segun aparece por su unidad esencial. Vamos ahora á demostrarlo por hechos innegables.

CAPITULO IV.

UNA UNIDAD ABIGARRADA.

Hemos visto que la gran obra de Dios es indestructible, por estar fundada en una unidad esencial, y ahora vamos á hacer el exámen de otra unidad moral, que Satanás, verdadero farsante de las obras divinas, ha intentado formar, barnizándola con coloridos seductores, y adornándola con los oropeles de un ídolo, para oponerla á la unidad de la Iglesia católica en sí y en su cabeza visible, y seducir de ese modo á los hombres. Esta unidad es la del error, siempre uno en sus tendencias, en

(1) Mar., cap. XVI, v. 16.